

atestiguaron la santidad de Gregorio VII. Como unos sesenta años despues de la muerte del Pontífice, mandó el Papa Anastasio IV que le pintasen con la aureola y el título de Santo en un oratorio de San Nicolás. En 1577 Marco Antonio Colonna, arzobispo de Salerno, halló su cuerpo entero é incorrupto con los ornamentos pontificales. En 1584 hizo insertar su nombre Gregorio XIII en el martirologio romano. Paulo V, por su Breve de 1609, permitió al arzobispo de Salerno honrarle como Santo con oficio público. Por último, en el pontificado de Benedicto XIII, se puso su oficio en el Breviario romano con unas lecciones, que han sido violentamente criticadas por los jansenistas, suprimidas por los parlamentos en Francia y por el emperador en Alemania como contrarias al derecho de los reyes. Los príncipes, que de ese modo rechazaban en San Gregorio VII la autoridad de la Iglesia, no debían tardar en expiar su criminal locura (a).

El famoso Roberto Guiscardo, que había libertado á este Pontífice, murió poco despues digno de su reputacion y de su fortuna, que él mismo se había labrado. Habiendo nacido en Normandía en la clase de simple caballero, sin mas bienes que su espada, su habilidad y su grandeza de alma, dejó á sus dos hijos Rogerio y Boemundo un Estado floreciente, siendo él mismo respetado de los italianos que miraban con grandes celos sus progresos, infundiendo terror á los sarracenos y haciéndose temible hasta en lo mas remoto del Oriente, donde fué de los primeros que ilustraron el nombre francés.

Diez meses despues de la muerte del

(a) Acerca de San Gregorio VII véase la Disertación que pondremos al fin de este tomo, donde se vindica su memoria y se refuta á sus acusadores. Puede verse tambien el conde de Maistre en su obra titulada *Del Papa*. (N. del E.)

Papa San Gregorio murió tambien San Anselmo de Luca á 18 de marzo, en cuyo dia honra la Iglesia su memoria (1). Estaba desterrado de su iglesia hacia muchos años de resultas de la rebelion de su clero que había abrazado el cisma de Guiberto y recibido un nuevo obispo de mano del rey Enrique. Se hallaba en Mántua cuando conoció que estaba cercana su muerte. En medio del torbellino mas impetuoso de los negocios y contradicciones, jamás perdía de vista las verdades eternas. Era tan amado de los buenos eclesiásticos como insufrible á los que no querían revestirse del espíritu propio de su estado. Solía decir que quería mas que la Iglesia no tuviese clérigos ni monges que tenerlos desarreglados. Rodeado en sus últimos momentos de los discípulos que le habían sido fieles, les dió su bendición, encargándoles que perseverasen en la pureza de la fé y en la santa unidad, despues de lo cual espiró tranquilamente. El autor de su *Vida*, que fué su penitenciario y que estuvo siempre á su lado por espacio de muchos años, refiere algunos milagros que hizo San Anselmo mientras vivió, y otros en mayor número que se hicieron en su sepulcro. Este santo obispo fué siempre muy adicto al Papa San Gregorio, cuyos procedimientos defendió con sus escritos.

Conforme al deseo de San Gregorio VII, que aun despues de su muerte era decisivo en la Iglesia, se hicieron las mas vivas instancias al abad de Monte-Casino, para dar cumplimiento á las intenciones de aquel Pontífice (2). Pero en el espacio de cerca de un año, en que no se cesó de representar á Didier la Silla de San Pedro abandonada como un navío sin piloto á las tempestades mas peligrosas, no fué posible determinarle á que tomase en la mano su timón.

(1) Vit. S. Anselmi, cap. 4 et 6.

(2) Chron. Cass. lib. 3, cap. 63.

Viendo por último los que estaban encargados de elegir el nuevo Pontífice, que el antipapa Guiberto se aprovechaba de esta vacante, y que nada se adelantaba con Didier, se valieron de otros medios mas seguros que el de la persuasion. Ya no le hablaron de pontificado, y duró tanto la disimulacion que se le dió motivo para pensar que los electores habían puesto los ojos en otro. Se juntaron despues en Roma los cardenales y los obispos, y llamaron al abad de Monte-Casino, el cual había prometido que ya que no se creía en disposicion de poder gobernar la Iglesia, la serviría en todo lo demas que dependiese de él. Se puso en camino sin ningun recelo, y llegó el dia 23 de mayo, vispera de Pentecostés. En el mismo dia se le repitieron las súplicas que tantas veces se le habían hecho sin conseguir el objeto á que se dirigían. Una y otra vez se echaron á sus pies los prelados, y muchos de ellos acompañaron esta demostracion con lágrimas. Pero él se negó invenciblemente á condescender con sus deseos, protestó que jamás consentiría en admitir dignidad que le ofrecían, y dijo que se encerraría en su monasterio, sin volver á tomar ninguna parte en los asuntos de la Iglesia. Duraron las instancias hasta la noche sin adelantar nada, y los prelados se retiraron llenos de desconsuelo (1086).

El dia siguiente, que era la Pascua de Pentecostés, volvieron todos muy de mañana á hacerle las mismas instancias; pero persistió en su negativa con tanta firmeza que perdieron la esperanza de vencerle, y faltó poco para elegir al obispo de Ostia, á quien proponía Didier en su lugar. Sin embargo, habiendo exclamado un cardenal que jamás consentiría en semejante cosa, esta su perseverancia, como si fuera inspirada, redujo á los demas á su primer designio. Inmediatamente, y de comun acuerdo, los obispos, los cardenales, el clero de segundo ór-

den y los ciudadanos de todas clases, rodearon á Didier, le cogen por fuerza y le trasladan á la iglesia de Santa Lucía, donde le eligen por Papa segun las formalidades canónicas y le dan el nombre de Victor III. Le revistieron de la capa encarnada, á pesar de su resistencia, pero no pudieron ponerle el alba. Cuatro dias despues escitaron en Roma tales alborotos los partidarios del emperador Enrique, que se vió precisado el nuevo Papa á salir de la ciudad, con todos los que se habían declarado á su favor. Luego que llegó á Terracina, dejó la cruz, la capa y las demás insignias del pontificado, sin que fuese posible estorbárselo ni persuadirle á que volviese á ponérselas. Estaba resuelto á pasar en peregrinacion el resto de sus dias, queriendo mas vivir de este modo que aceptar aquella dignidad. No obstante, se restituyó á Monte-Casino, donde permaneció inaccesible durante un año entero. Al fin en 9 de mayo de 1087, habiendo sido arrojado el Antipapa Guiberto de la iglesia de San Pedro, de la que se había apoderado violentamente, fué consagrado en ella el Papa Victor con las ceremonias de estilo, en medio de las aclamaciones del pueblo y del clero. El duque de Calabria, Rogerio hijo de Roberto Guiscardo, y Jordan, príncipe de Cápua, ayudaron poderosamente á los prelados á sostener y á persuadir á Victor, el cual temió por último incurrir en la ira de Dios si abandonaba mas tiempo á la Iglesia dejándola espuesta á los terribles males que padecía. Despues de haber estado en Roma como unos ocho dias, volvió otra vez á Monte-Casino, pero considerándose ya encargado del régimen universal de la Iglesia (1).

El mismo dia en que fué consagrado el Papa Victor, llegaron á Bari, ciudad de la Pulla, las reliquias de San Nicolás de Mira,

(1) Chron. Cass. lib. 3, c. 55.

conducidas por algunos comerciantes de la misma ciudad, que las habian robado, creyendo honrarse con esta accion (1). Aunque estas reliquias eran muy célebres en Oriente y aun en Occidente, como se ve por los martirologios de Adon y de Usuardo, estaban fiadas al cuidado de solo tres monges en una iglesia del pais de Mira, situada en un parage casi desierto. Los comerciantes italianos hicieron en una costa inhabitada un desembarque con cuarenta y cuatro hombres que sacaron de sus navios, se internaron hasta la distancia de tres millas, y consumaron su robo piadoso, sin haber hallado la menor resistencia. Los habitantes de Mira, que no era ya mas de una aldea situada encima de un monte á una milla de la iglesia en que descansaban las reliquias, no supieron que se las habian llevado hasta que estaban ya en alta mar. Al momento acudieron á la orilla bien provistos de armas; pero solo pudieron dar vanos testimonios de furor y de desconsuelo, cosas que se llevaba el viento con los robadores de su santo tesoro. Luego que llegó este á Bari, hubo un concurso prodigioso de las ciudades y pueblos inmediatos, y despues de toda Italia y de los demas paises de Occidente. En el primer dia hubo mas de treinta personas que sanaron de toda género de enfermedades, y muy en breve fué imposible contar estos milagros, segun refiere el arediano Juan que habia sido testigo de ellos, y escribió poco despues la historia de esta traslacion. La gran celebridad del culto de San Nicolás en todo el Occidente desde aquella época es por sí sola una prueba irrefragable de las maravillas que allí se hicieron.

En este mismo año fallecieron dos santos personajes, honrados por la Iglesia con culto público. El primero es San Arnulfo ó

(1) Sur. die 9 Maji.

Arnoldo, obispo de Soissons, que murió en el monasterio de Aldemburgo, fundado por él mismo en Flandes (1). Habia nacido en Brabante, de padres nobles, y al principio se distinguió en el ejercicio de las armas. Favorecido desde entonces con las bendiciones del Señor, se negó á varios matrimonios honoríficos que se le propusieron con grandes posesiones; y con pretesto de pasar á la córte de Francia, abandonó su pais, y fué á abrazar la vida monástica en San Medardo de Soissons. Algun tiempo despues se constituyó en el estado de recluso, con el permiso de su abad. En este retiro austero no comia mas que un poco pan de cebada, ni tenia mas bebida que el agua; estaba á cielo descubierto de dia y de noche, y observaba un silencio tan rigoroso que estuvo tres años y medio sin hablar, esto es, hasta que le sacaron de su reclusion, para que se encargase del gobierno de la abadía. Luego que le mandó su obispo Thibaldo tomar el báculo que le habian destinado los monges, pidió por escrito (temiendo quebrantar el silencio) que se le concediese espera hasta el dia siguiente á fin de examinar despacio la voluntad de Dios. Se condescendió con sus deseos, pero se le pusieron guardas de vista para que no huyese aprovechándose de las tinieblas de la noche; mas habiéndose dormido los que le guardaban, saltó las tapias y huyó á las cercanias de Laon. Supo allí que le buscaban con grande anhelo, y descubriendo al mismo tiempo un lobo se puso á seguirle, figurándose que aquel animal silvestre le alejaria seguramente de los hombres; pero sucedió todo lo contrario, porque yendo detrás de la guia feroz que habia elegido, se acercó á Soissons por caminos desconocidos y no tardó en ser descubierto. Conociendo entonces la voluntad de Dios, rom-

(1) Saec. VI. Bened. part. 2, pag. 523.

pió el silencio y se rindió á los deseos de sus hermanos.

Muy en breve manifestó su talento extraordinario para el gobierno. En poco tiempo volvió á poner el monasterio (que estaba casi arruinado) en el mejor pié, así en lo espiritual como en lo temporal. Como tenia disposicion para todo, y habia sido anteriormente gran soldado, exigió el rey Felipe que le acompañase á la guerra con los vasallos de la abadía, segun la costumbre antigua; pero el Santo quiso mas bien dejar el báculo, que volver otra vez al tumulto del siglo despues de haberle renunciado, y abrazó de nuevo la vida de recluso, donde se ilustró con todas las virtudes propias de aquella profesion, y aun con grandes obras de caridad, con prodigiosas conversiones, con el espíritu de profecía y con milagros brillantes. Esto era San Arnulfo cuando le arrancaron segunda vez de la soledad, para colocarle en lugar de Ursion, intruso en la Silla de Soissons despues de la muerte del obispo Tibaldo. Se le obligó al humilde Arnulfo á presentarse, pena de excomunion, en el concilio de Meaux, donde el legado Hugo le mandó en virtud de santa obediencia que aceptase el obispado (1080). Al ponerse en camino para Soissons, envió á decir á la reina Berta, la cual le habia suplicado pidiese al cielo que le diese hijos, que estaba embarazada de un niño que se llamaría Luis y sucedería al rey su padre. Cumpliése puntualmente la prediceion con el nacimiento de Luis el Gordo, verificado en aquel mismo año, que era el de 1087. Algun tiempo antes habia profetizado el santo á la misma princesa, la cual desterró á Geraldo, abad de San Medardo, que seria desterrada del reino, y moriría llena de afliccion y de vilipendio: lo que se cumplió con menos prontitud, pero con igual puntualidad, como veremos mas adelante.

Tantas virtudes y dones maravillosos no

bastaron para hacer que Arnulfo viviese con mas tranquilidad en su Silla; porque si bien su pueblo y todas las personas estimables de su clero le manifestaban la mas completa adhesion; con todo, el usurpador Ursion, protegido por el rey, se mantuvo en posesion de la Silla, y el obispo legitimo se vió reducido á establecerse en el castillo de Ouchi, en la misma diócesis, donde ejercia sus funciones mediante la proteccion de Tibaldo, conde de Champaña. En el año 1084, pasó á Flandes de órden del Papa, con una comision tan delicada, que nadie se habia atrevido á encargarse de ella; tratábase de interceder con el conde Roberto, principe violento y celosísimo de conservar su dominio, á favor de algunas personas acusadas de conspiracion contra él; y no solo aplacó el Santo á aquel principe terrible, sino que restableció la concordia y la caridad cristiana entre unos pueblos tan acostumbrados al derramamiento de sangre que los parientes mas cercanos se mataban por las menores desavenencias. Entonces fundó un monasterio de monges benedictinos en Aldemburgo. En el mismo año volvió á su diócesis para atender al gobierno de ella; pero como continuase atormentándole el rey Felipe, renunció un obispado en que no podia hacer ningun bien, y fué á encerrarse en su antigua celda de recluso, para pensar únicamente en la muerte. Habiéndose renovado en Flandes los desórdenes al cabo de dos años, fueron las principales personas de la ciudad de Aldemburgo con un monge de aquel monasterio á suplicarle que los socorriese. No pudo negarse á sus instancias y á sus lágrimas, pero cayó enfermo á los siete dias de su llegada, y murió á las tres semanas. Lo que no habia podido conseguir de los flamencos por medio de sus palabras, lo logró con la elocuencia muda de sus reliquias, las cuales les representaron viva-